



EL RINCÓN DE LA ACADEMIA

La Nación vetada: Estado, desarrollo y guerra civil en Colombia es una investigación de **Mauricio Uribe López**, editorial Universidad del Externado, que explora los mecanismos que explican la prolongación de la guerra civil colombiana desde 1964, llevando el análisis hasta 2010. La competencia armada que ha enfrentado el Estado colombiano encontró, en un estilo de desarrollo desigual con un fuerte sesgo anticampesino, las condiciones apropiadas para crecer, persistir y resistir. Ni la desigualdad, ni el fracaso de la reforma agraria, ni la debilidad del Estado son condiciones

suficientes, por sí solas, para explicar la persistente escisión de la comunidad política nacional.

Pero la forma como se han combinado esos factores a lo largo del tiempo, sus procesos y secuencias, permite afirmar que sí son parte de las piezas del rompecabezas de la explicación.

La ausencia de un momento incluyente de afirmación nacional ha hecho del Estado colombiano el arquetipo del Estado débil latinoamericano.

Editor Domingo: Nelson Fredy Padilla Castro.
Jefe de Redacción: Elber Gutiérrez Roa.
Editor Multimedia: Leonardo Rodríguez.
Jefe de Cierre: Ricardo Ayala Palacios.
Coordinador Opinión: Andrés Páramo Izquierdo.
Editores:
Arte y Gente: Fernando Araújo V.
Deportes: Olga Lucía Barrón.
Internacional: Angélica M. Lagos C.
Investigaciones: Norbey Quevedo H.
Judicial: Juan David Laverde P.

Política: Hugo García S.
Negocios: Edwin Bohórquez Aya.
Bogotá: Juan Camilo Maldonado.
Vivir: Pablo Correa.
Redacción Comercial: Mariana Suárez.
Redacción:
Política: Felipe Morales, Alfredo Molano y Natalia Herrera.
Arte y Gente: Juan Carlos Piedrahíta.
Santiago La Rotta y Juan David Torres.

Deportes: Luis G. Ordóñez, Luis G. Montenegro.
Judicial: Diana Durán, John Alexander Marín C.
y Juan Sebastián Jiménez.
Bogotá: Verónica Téllez, Camilo Enrique Segura y Santiago Valenzuela.
Negocios: Jairo Chacón, David Mayorga, y Héctor Sandoval.
Vivir: Carolina Gutiérrez Torres, Angélica Cuevas.
Internacional: Diego Alarcón, Daniel Salgar.
País: Oscar Güesguin.
Redacción Comercial: Sergio Silva, Pilar Cuartas y Jabel Mahecha.

Editor Gráfico: Julio César Carretero Ladino.
Diseño: William Niampara, Eder Rodríguez, Andrés Sánchez, Hedy Araya, Carolina Navarro M. y William Bots Suárez.
Infografía: Jonathan Bejarano.
Editor Fotográfico: Nelson Sierra G.
Fotografía: Oscar Pérez, David Campuzano, Luis Angel S. y Andrés Torres.

Opinión / 45

Refrendación: el ejemplo sudafricano

RODRIGO UPRIMNY *



¿SERÁ POSIBLE SUPERAR LA POLARIZACIÓN que existe sobre la refrendación de un eventual acuerdo de paz? Las Farc insisten en la asamblea constituyente, mientras que el Gobierno se opone radicalmente a esa opción.

La experiencia sudafricana podría inspirarnos una salida de este *impasse*, sin que debamos copiar mecánicamente ningún mecanismo, pues los contextos y los actores son muy distintos. Ni las Farc son el Congreso Nacional Africano (CNA) de Mandela ni en Colombia hay *Apartheid*.

A principio de los noventa el gobierno blanco del Partido Nacional (PN) había aceptado que era necesario superar el *Apartheid* y adoptar una nueva Constitución. Había una coincidencia esencial con el CNA, pero el proceso estaba bloqueado, pues tenían visiones enfrentadas sobre cómo alcanzar ese propósito.

El PN y la comunidad blanca querían una Constitución negociada, que surgiera de un pacto de cúpula entre el PN y el CNA, pues consideraban que sólo así tendrían las garantías de que no serían avasallados en una democracia en donde los negros serían mayoría. Pero el CNA quería liquidar el *Apartheid* y fundar una nueva Sudafrica basada en el principio de autodeterminación; para ellos la nueva Constitución tenía que ser aprobada por una asamblea constituyente electa popularmente.

El conflicto parecía irresoluble. El ingenio sudafricano consistió en diseñar un proceso constituyente en dos etapas, que acercó las dos posiciones.

La idea fue negociar una Constitución interina, que sirviera de base para un gobierno de transición y para la elección popular de una asamblea constituyente, encargada de redactar la Constitución definitiva. Esa Constitución interina contenía 36 principios constitucionales, que eran esencialmente de derechos humanos y no discriminación, y que tenían que ser respetados por la Constitución definitiva.

Las elecciones generales en 1994 ratificaron la Constitución interina y eligieron al gobierno de transición y a los integrantes de la asamblea constituyente: el triunfo de Mandela y del CNA fue abrumador. La asamblea constituyente electa redactó entonces la Constitución definitiva, pero ésta sólo pudo ser promulgada después de que el recién establecido Tribunal Constitucional certificó que el texto respetaba los principios de la Constitución interina.

Así, la Constitución interina negociada, con sus principios constitucionales intangibles, tranquilizó a la comunidad blanca, al otorgarle garantías de que no sería discriminada en la nueva Sudafrica, pero abrió igualmente el camino a la asamblea constituyente popular y fundacional que exigía el CNA.

En Colombia, en vez de polarizarnos sobre si la alternativa es o no una asamblea constituyente, deberíamos inspirarnos en la flexibilidad y el ingenio sudafricano. Y deberíamos buscar, por la combinación creativa de distintos tiempos y mecanismos de participación, crear un procedimiento de ratificación, que responda a las aspiraciones y preocupaciones tanto de las Farc como del Gobierno. Imposible que no lo logremos.

* Director de Justicia y profesor Universidad Nacional.

Rasgos y Rasguños

Por Osuna



Defenestrado

Volver a La Macarena



HACE 25 AÑOS LLEGUÉ POR PRIMERA vez a La Macarena, un pueblito con pista y río. Viajé desde San José del Guaviare en una canoa con motor de 30 caballos. Un día entero navegando río arriba. Al comienzo todo fue emoción, la selva siempre es excitante, transmite una vibración desde sus oscuros adentros. Lo más duro fue el paso del raudal, un estrecho de rocas enormes que impone al río —semejante gigante— el cauce. En su centro había una piedra llamada La Tonina que sobresalía y dividía el cauce en dos. Las canoas tenían que orillarse y hacer una cabriola para evitar un naufragio. No había salvavidas, la guerrilla no lo exigía. Pasado el raudal, se volvía a respirar y a mirar las yarumeras de las orillas. De tanto en tanto cruzaba otra canoa. Había pocos puentes: El Caffe, Nueva Colombia, La Cachivera. Desde los barrancos aparecían de trecho en trecho destacamentos guerrilleros que saludaban si el motorista era conocido; si no, obligaban a las lanchas a detenerse y a sus pasajeros a identificarse. El control era riguroso.

La Macarena tenía cinco manzanas, una droguería, tres graneros, cinco cantinas. No

había Fuerza Pública. El avión —un DC-3 relictivo— de vez en cuando traía víveres, gasolina y correo. Salir a ver el aterrizaje de ese monstruo era el gran programa. Mirar quiénes llegaban y suponer a qué venían los pocos forasteros era un juego de azar. La colonización había invadido el Parque Nacional. Un millón de hectáreas de selva. Los colonos vivían del aserrio de maderas finas, del pescado y del maíz. El ritmo del pueblo lo imponían las corrientes poderosas, y en verano solemnes, del río. De vez en cuando se oía lejana una motosierra. Los domingos algunos vecinos iban a bañarse a Caño Cristales y había riña de gallos.

Hace dos semanas regresé con mi nieta Antonia. Viajamos por Satena —siempre incumplida— porque hacerlo por río es casi imposible. El paso por el raudal está prohibido, pese a que dinamitaron La Tonina. Es obligatorio el salvavidas y hoy no hay línea diaria de San José a La Macarena. Los puentes son hoy pueblos; la guerrilla no se ha ido, pero ya no está a la vista. La gente viaja en avión con maletas de cuero, sombreros de explorador y tiquetes de regreso. El día de nuestra llegada había once avionetas y tres aviones DC-3, brillantes como peces. El pueblo tiene 25 manzanas, circulan por él camiones, volquetas, buses, carros y mil motos. Hay soldados de todos los rangos por todos lados. Miran y miran. Llegan helicópteros y aviones artillados. Dicen en la

región que hay 14.000 soldados y tienden a aumentar al ritmo del turismo y de la ganadería. Cuando estuvimos, el general invierno dominaba. La paja de las sabanas estaba verde y las algas estaban en todo su esplendor. Pero había cientos de turistas vigilados discretamente por un destacamento del Ejército. Mi nieta y yo no tuvimos ningún tropiezo, pero al ritmo que van las cosas se podría llegar a imponer el modelo imperante en Machu Picchu, donde los “operadores de turismo” monopolizan el negocio, desde los vuelos hasta los hoteles, pasando por los permisos. De todas maneras, Caño Cristales y en general el Parque Nacional Natural de La Macarena son auténticas joyas. La comunidad ha impedido la entrada de cadenas hoteleras y de grandes firmas de turismo, pero el peligro ronda.

La coca está de capa caída, el pueblo vive una nueva bonanza que tiene su apogeo entre julio y noviembre. Al llegar el verano, el calor seca las algas y desaparecen los visitantes, lo que, dicho sea de paso, no disminuye la actividad militar. Los helicópteros suenan día y noche; llegan y salen aviones, se ven gringos, las descargas en el polígono hacen pensar que los combates no están muy lejos. Mi nieta, que no entendía qué pasaba ni por qué, me preguntó: “Abuelo, ¿por qué los soldados nos miran como si todos fuéramos malos?”. No pude responderle.